

Tercer centenario de Bossuet

La palabra humana es el instrumento más noble y poderoso del arte. Las ópticas: arquitectura, estatuaria, pintura, copian, acendrándola, la belleza material, dejando apenas entrever la del espíritu a través de la línea y de los colores. La música, entrando por el oído, penetra hasta las más recónditas profundidades del alma y despierta en ella memorias, pensamientos, afectos. Pero imprecisa como es, nada nuevo nos brinda y sólo da vida y movimiento a lo que en el espíritu se hallaba adormecido o inerte.

Cuando el verbo se reviste con la mágica vestidura del canto en boca de un Gayarre o un Carusso, alcanza, como expresión estética, lo que no logran las voces de otros instrumentos musicales, porque ellos son invento y fábrica del hombre, mientras que la garganta humana es obra del Creador. Y en la palabra encarnan otras dos de las artes bellas: la poesía y la elocuencia, ambas música, aunque con ritmos diversos: entrambas traductoras precisas de todo linaje de belleza: la física, la intelectual y la moral. La poesía, en lo escrito, perdura intacta a través de las edades; la elocuencia se destiñe, casi se esfuma al dejar de acompañarse de la declamación. ¡Cuán breve es su existencia, pero cuán fecunda! Ella congrega, agita, casi enloquece a las muchedumbres, las lleva a la sublimidad del heroísmo o a lo profundo del crimen; sostiene o derriba los imperios, redime o esclaviza. Es Demóstenes luchando contra los planes ambiciosos de Filipo; Cicerón que salva a Roma de la conjuración de Catilina; Mirabeau al hundir la monarquía francesa, trece veces secular; O'Connell, cuando liberta a Irlanda. Y aquí la elocuencia de Acebedo Gómez rompe el primer eslabón de la cadena

que nos unía en lo político a la madre patria, y Bolívar, con sus arengas, lleva las desmedradas huestes republicanas a la victoria.

La antigüedad pagana conoció varios géneros de oratoria: la forense, la política, la militar; el cristianismo fue creador de la sagrada, más noble que todas las demás, porque enseña verdades superiores a los alcances de la simple razón, se propone el mejoramiento moral, trueca al incrédulo en apologista de la fe, al pecador en santo; porque se produce en la penumbra del templo donde habita corporalmente Dios hecho hombre; ante un auditorio silencioso y recogido que aprende sin disputas; escucha, pero no crítica.

El modelo supremo de esta oratoria es Jesucristo, señor nuestro, quien antes de redimir el mundo con su muerte, lo evangelizó con su palabra. La del Maestro divino es tan sencilla, que los rústicos y los niños la entienden; tan profunda que, en veinte siglos, no le han llegado al fondo los mayores ingenios de que la humanidad se envanece; tan nueva, que la tuvieron por escándalo los judíos, y los gentiles por locura; tan bella, que las turbas, por oírla, se estuvieron tres días en el desierto, olvidadas del alimento y el descanso; tan eficaz, que mudó la faz de la tierra y pobló de santos el cielo.

En pos de Cristo vinieron sus apóstoles. De uno de ellos dice san Jerónimo: «Cuantas veces leo a Pablo, me parece oír, no palabras sino truenos». Siguiéron los santos padres de la Iglesia: un Ambrosio, un Agustín y el que, como orador, a todos los supera, el que no ha tenido, de entonces a hoy, quien lo iguale: Juan de Antioquía, apellidado el Crisóstomo. En la Edad Media, Europa oyó embelesada al melífero san Bernardo, sobre todo en los loores de la clemente, de la piadosa, de la dulce Virgen María.

Alcanza la palma del púlpito cristiano, en los tiempos modernos, Jacobo Benigno Bossuet, tuyo tercer centenario están conmemorando la Iglesia Católica y las letras humanas. Aventajó, en el conjunto de sus cualidades, a los demás predicadores de su nación y de su siglo; y no debe olvidarse que Francia, en la edad de oro de su literatura, no admite rival en elocuencia sagrada, como no lo consiente España en la teología ascética y la mística.

Bourdaloue, que debiera ser el modelo de los sacerdotes dedicados al ministerio de la palabra, es insuperable en la pureza y ortodoxia de la doctrina, en el conocimiento y aplicación de la Escritura Sagrada, en el orden de los discursos, la transparencia del estilo y el lenguaje, y aquella unción que llega al alma del justo para perfeccionarlo; a la del pecador, para convertirlo. Pero en Bourdaloue la imaginación—la facultad estética por excelencia—no estaba a la altura del talento y de la caridad; y, por lo tanto, él ilumina, pero no deslumbra; calienta, pero no enciende; embelesa, pero no arrebatata.

En Massillón, no obstante lo difuso de sus desarrollos, hay verdadera elocuencia que, en alguna ocasión, llega a lo sublime. ¡Lástima que estén afeados los discursos con preocupaciones jansenistas, que llevan a la desesperación más que a la penitencia! El terror servil es contrario al espíritu del Evangelio. No se predicó el Sermón de la Montaña en medio de truenos y relámpagos.

Bossuet es teólogo y, al propio tiempo, uno de los maestros de la lengua y de la literatura francesas; conocedor de la Escritura y de las obras de los Santos Padres, únicos libros en que se inspira, únicos que cita en sus sermones; original, sin apartarse de las tradiciones de la oratoria católica; profundo en el pensar,

elevado en el decir, pero tan diáfano como el cristal, tan claro como el agua; místico, aunque inteligible para los mundanos. Es poco llamarlo elocuente: es la elocuencia misma, personificada en un hombre, en un sacerdote, en un obispo.

Nació el príncipe de los oradores franceses la noche que medió entre el 27 y el 28 de septiembre de 1627, en Dijón, capital de Borgoña. A corta distancia queda Fontaine, donde vio la luz primera San Bernardo; a pocas leguas se halla la aldea de Recey-sur Ourse, cuna de Laordalre. Muy niño empezó Bossuet a estudiar humanidades en el colegio de los jesuitas, y de allí pasó a París, a cursar ciencias filosóficas y teológicas en el de Navarra. Lo precoz de su ingenio y su tenaz aplicación al estudio—condiciones que no le impedirían ser el más alegre e inquieto de los alumnos, el más entusiasta por los deportes estudiantiles—lo hicieron dueño de los autores griegos y latinos; de tal suerte que, en la vejez, recitaba de memoria largos trozos de los clásicos, que no había releído, porque desde que se ordenó de sacerdote, consagró todo el tiempo de estudio al de las ciencias eclesiásticas.

Destinado a la Iglesia, tonsurado a los ocho años de edad, canónigo de la catedral de Metz cuando acababa de cumplir los trece, empezó a ensayarse en el arte de la predicación, ya improvisando sermones, entre burlas y veras, en las horas de recreación, ya haciendo las pláticas en una congregación del Rosario a que pertenecían los estudiantes más piadosos. Trascendió de los claustros a la ciudad la fama del orador niño, que fue invitado al palacio de Rambouillet, donde se juzgaban los talentos y se consagraban las reputa-

ciones literarias. Diéronle tema para un sermón, se recogió unos minutos y predicó con aplauso general. Era media noche, y el poeta Voiture dijo entonces: «Nunca he oído predicar, ni tan temprano, ni tan tarde».

Varios meses después de haber recibido Bossuet la dignidad del sacerdocio, y cuando todo el mundo le encomiaba por elocuente, un prelado, Messire Cospéan, obispo de Lissieux, le advirtió que, si seguía por el camino que había emprendido, corría grave peligro de amanerarse y de ir perdiendo las egregias dotes con que la Providencia lo había dotado, y le aconsejó que dejase la cátedra sagrada por un tiempo y lo destinara al estudio, en los textos de los Santos Padres de oriente y occidente. Siguió el joven canónigo el consejo del anciano obispo, y sólo cuatro años después reapareció en el púlpito. Ya es el Bossuet, admiración de los siglos. Lejos de menguar, va creciendo hasta las vísperas de su muerte, cuando determina «advertido por sus canas de la cuenta que debe dar de su administración, reservar al rebaño que debe alimentar con la palabra de vida los restos de una voz que desfallece y de un ardor que se apaga». (1)

Como este artículo no es biografía, sino débil elogio a la grandeza de Bossuet, sólo resta agregar sobre su vida, que desempeñó elevados cargos, entre ellos el de preceptor del Delfín y el de obispo de Meaux. Murió en 1704.

Puede suceder que entre los lectores de estas líneas—si es que los hay—se halle alguno, entusiasta por ciertos oradores de parlamento o de asonada, que rellenan sus embrollados discursos de imágenes exóticas y adjetivos ociosos; que ahuecan la voz, gritan como

(1) Oración fúnebre de Condé.

si los oyentes fueran sordos y terminan cada período con un sacudimiento de cabeza, dos braceadas y un verso endecasílabo; y que ese lector imagine algo por el estilo la elocuencia de Bossuet. Es todo lo contrario, como trataré de probarlo con una cita y una anécdota.

La cita es de la oración fúnebre da Luis de Borbón príncipe de Condé:

«Echad una ojeada en torno vuestro: he aquí todo lo que han podido la magnificencia y la piedad para honrar a un héroe; títulos, inscripciones, *vanas* señales de lo que ya no existe; figuras que semejan llorar al redor de una tumba, *frágiles* imágenes de un dolor que el tiempo arrebató con todo lo demás; columnas que parecen querer llevar hasta el cielo el *magnífico* testimonio de nuestra nada; y nada falta, en fin, en todos estos honores sino aquel a quien se tributan».

Este trozo es una imagen, pero de lo que el concurso estaba viendo con los ojos; y no hay sino los tres adjetivos subrayados. Los epítetos de Bossuet no son adornos: cada uno es un pensamiento, siempre profundo, a menudo sublime. ¡Qué arte para redondear en lengua francesa, de suyo breve y cortada, aquellos períodos armoniosos, que habrían prohijado con orgullo Cicerón o Granada!

Y va la anécdota. Cuando las monjas salesas vinieron por vez primera a Bogotá, le rogaron a un sacerdote que predicase de la Visitación de Nuestra Señora. Acordóse él de un sermón de Bossuet sobre el mismo asunto, se lo aprendió de memoria y lo recitó, esmerándose lo más que pudo en la declamación. Al terminar la misa, entró a la sacristía un piadoso y respetable anciano, amigo del predicador, a felicitarlo por haber hecho una plática tan sencilla y tan útil, «sin teo-

logías ni literaturas», y al alcance de las personas más ignorantes.

Los sermones, propiamente tales, de Bossuet pueden clasificarse en varios grupos, por razón de los asuntos que tratan: 1.º Sermones dogmáticos y morales; 2.º Sobre los misterios del Salvador y de la Santísima Virgen; 3.º Panegíricos; 4.º En tomas de hábito y profesiones religiosas. Ya está insinuado que todos estos sermones son esencial, exclusivamente tales por el fondo, que consiste en la sagrada Biblia y los Padres; por el lenguaje, que excluye toda expresión profana; por los ejemplos, sacados de las historias sagrada y eclesiástica; los argumentos, tomados en el depósito de la Tradición.

Cierto que los críticos han encontrado en Bossuet reminiscencias, probablemente involuntarias, de los clásicos gentiles. En uno de los sermones de Nuestra Señora explica el amor de la Virgen a los hombres por la común naturaleza con Cristo, nuestra cabeza y nuestro modelo:

«Veréis en ocasiones a una madre acariciar extraordinariamente a un niño sólo porque le parece viva imagen del suyo. Así, dirá, pone las manos, así mueve los ojos, éstos son su actitud y su porte».

Lo que hace recordar a Virgilio, cuando describe a Andrómeda, memoriosa de Astyanax al abrazar al hijo de Eneas:

Sic oculos, sic illi manus, sic ora ferebat.

Una vez, en el mismo sermón, hizo una cita intencional de Quinto Curcio, pero se arrepintió bruscamente, diciendo: «Dejemos esas fábulas profanas y busquemos más bien ejemplos en la Historia Santa».

Estas reminiscencias de autores paganos se hallan en san Jerónimo, san Crisóstomo, san Agustín, y las

justifica san Basilio el Grande con el ejemplo de los hebreos, que se enriquecieron con los despojos de los egipcios antes de emprender viaje hacia la tierra prometida. ¿Acaso el Panteón, dedicado en Roma a todos los dioses, no es hoy la Iglesia de Santa María de los Mártires?

De advertir es que los recuerdos profanos solo se hallan en los primeros discursos de Bossuet, y desaparecen desde que él llegó a la plena madurez de su elocuencia.

Guarda fielmente los preceptos de la retórica clásica, cuando disponen que el discurso conste de exordio, proposición, división, confirmación y peroración; y conserva la práctica tradicional de comenzar por un texto sagrado, síntesis anticipada del sermón. En gracia de la unidad y provecho de los oyentes, al explicar los misterios de Jesús y María, de donde se derivan tantas enseñanzas, no toma sino una; así como, en los panegíricos, no trata sino de una sola de las virtudes del santo. Entre los panegíricos admiro, sobre todos, el de san Pablo, y el de san José que tiene por texto *Depositum custodi*. El primero es un homenaje, digno del Apóstol; el segundo, un prodigio de unción, suavidad y delicadeza. No parece sino que, antes de empezar, un serafín le hubiera purificado los labios con un carbón encendido.

Los sermones a las religiosas con motivo de profesión o toma de hábito son análogos, por el asunto, a las oraciones fúnebres. Se trata, en unos y otros discursos, de la vanidad de los bienes terrenos; pero el orador llora con quienes los pierden por la fuerza, y se congratula con quienes voluntariamente los dejan.

Bossuet es inventor, con privilegio exclusivo, de un nuevo género literario: la oración fúnebre. Los romanos acostumbraban un elogio público de los varones ilustres, antes de entregar el cadáver a las llamas, para halagar el orgullo de los vivos con la memoria de la grandeza de los muertos.

También los Padres de la Iglesia: Gregorio Nacianceno, Jerónimo, Ambrosio, encomiaron en los funerales, las perfecciones de los héroes de santidad, para ejemplo y edificación de los cristianos. Era un panegírico anticipado; fue algunas veces anuncio de la canonización.

La oración fúnebre de Bossuet es otra cosa. Alaba ciertamente las virtudes y obras sobrenaturales del finado; pero también la nobleza de la prosapia, la altura del entendimiento, la ciencia adquirida en los estudios o las hazañas realizadas en la guerra, la prudencia en el gobernar, la fortaleza para resistir. Y no calla la copia de las riquezas, los puestos a que el personaje fue encumbrado, los laureles que le ciñeron la frente. Todo eso para contraponer a las dichas y honores de la vida los dolores y la humillación de la muerte. ¡Cómo resalta lo inútil de la gloria póstuma, de «la triste inmortalidad que concedemos a los héroes»! Aquí es donde el obispo de Meaux llega al ápice de la elocuencia, donde los siglos lo proclaman emperador de la palabra.

Afirmámos arriba que tiene privilegio exclusivo para la oración fúnebre. Quien intente pronunciar alguna tiene que inspirarse en Bossuet o exponerse a un fracaso irreparable.

Se ha dicho, hablando del plagio, que en literatura el robo es lícito, siempre que vaya acompañado de asesinato. Por ejemplo: una de las mayores comedias del príncipe de los dramaturgos españoles tiene el mismo asunto que otra de Lope de Vega; pero no se le ha censurado a

Calderón, porque *El Alcalde de Zalamea* asesinó a *El villano magistrado*. Con Bossuet, en las oraciones fúnebres, el procedimiento es imposible: nadie lo ha superado, nadie lo ha igualado siquiera. Forzoso es seguir sus huellas, pero desde lejos, muy de lejos.

Hemos considerado a Bossuet, en este torpe ensayo, únicamente, como orador, porque este es el mayor de los timbres de su grandeza; pero él es un genio universal que abarca las más variadas disciplinas: teología, filosofía, mística, controversia e historia; de los pocos que han sido juntamente oradores y escritores excelsos. Ya insinuamos su ciencia teológica; en filosofía se formó con la *Summa* de santo Tomás; y sus doctrinas son, por lo general, las del Angélico. Sólo que, por una debilidad de que hablaremos adelante, negó a su maestro, no por miedo a los judíos, sino a los cortesanos. Y no se sabe que llorara amargamente.

Fue místico de alto vuelo. Las *Elevaciones* pueden parangonarse con los *Soliloquios* de san Agustín; las *Meditaciones* no serían indignas de san Francisco de Sales. La *Historia de las variaciones* es uno de los golpes más recios que haya recibido la reforma protestante; y el *Discurso sobre la historia universal*, síntesis de la *Ciudad de Dios*, prolongada hasta la edad moderna, es el fundamento de la filosofía cristiana de la historia; de la que agrupa al rededor de Cristo, «el mismo ayer, y hoy, y en todos los siglos», todos los acontecimientos humanos.

Purísimo, intachable en costumbres, austero y mortificado consigo mismo, Bossuet fue hombre de oración, sin la cual nadie se eleva a las alturas de la mística. Se preparó al presbiterado con un largo retiro dirigido por san Vicente de Paúl, a quien tuvo después por maestro de la vida espiritual; y ya obispo, empleaba las vacaciones en

recluirse al monasterio de la Trapa, donde seguía puntualmente las prácticas y penitencias de los monjes.

Cumplió a maravilla todos los deberes del cargo episcopal: predicación, visita pastoral, formación del clero, cuidado de los pobres y los enfermos, catecismo de los niños, administración de los bienes diocesanos.

Si el obispo de Meaux hubiera sido sólo lo esbozado hasta aquí, quizá su imagen sería venerada en los altares; su nombre estaría incluido en el catálogo de los santos y en el de los doctores de la Iglesia. Mas aquella medalla tiene su reverso; aquel sol no carece de manchas; y es preciso recordarlas brevemente. Recordarlas, para que las sombras hagan resaltar los lados luminosos del retrato; para que no se dude de lo imparcial de los encomios; para que algún lector, desprevenido no llegue a pensar que pueden seguirse todas las doctrinas e imitarse todos los ejemplos del insigne prelado. Brevemente, porque este escrito es un elogio; no una biografía, ni un capítulo de la historia eclesiástica.

Bossuet valía mucho menos por el carácter que por la inteligencia. Se dejó deslumbrar por el reinado y la corte de Luis XIV, y se hizo servil adulator de aquel monarca. Por complacerlo, redactó las famosas proposiciones en pro de las llamadas, por antífrasis, libertades de la Iglesia galicana. «Hermosas libertades—escribíamos hace años—que sujetaban al episcopado y al clero a las voluntades del soberano, y en el reinado siguiente, al querer de las favoritas. Bossuet les había aligerado el yugo de Roma, y eran esclavos de los caprichos de la Pompadour».

Las proposiciones montadas—hoy heréticas, después de las definiciones del Concilio Vaticano—fueron conde-

nadas por la Santa Sede Apostólica; y Bossuet, en vez de someterse al fallo del Vicario de Cristo, emprendió, siempre por orden del rey, la defensa de sus errores. En aquella estéril tarea malbarató los últimos años de su vida; borrando o enmendando cada día lo que había escrito la vispera, dejando la obra inconclusa, y no consintiendo en que se publicara, como en realidad no vio la luz, sino después de la muerte del autor.

No puede recordarse la conducta de Bossuet con Fnelón sin indignación y sin rubor.

Las funestas consecuencias de los errores del grande hombre ya pasaron; el galicanismo sólo pertenece a la historia. En cambio, las demás obras de aquel genio sublime siguen y seguirán hasta el fin de los siglos dando gloria a Dios y salvando almas,

R. M. CARRASQUILLA

